

LA FEDERACIÓN DE LA DEMOCRACIA CRISTIANA (FDC) Y LAS ELECCIONES DEL 15 DE JUNIO DE 1977: RAZONES PARA EL FRACASO

ANA CAPILLA CASCO

UNED

ana.capilla.casco@gmail.com

RESUMEN: El artículo analiza las distintas razones que provocaron el fracaso de la Federación Democracia Cristiana (FDC) en las primeras elecciones celebradas durante la Transición española a la democracia, el 15 de junio de 1977. El escaso 1% de los votos que obtuvo la FDC les impidió obtener siquiera un escaño en el Congreso de los Diputados. En consecuencia, dos figuras tan destacadas de la oposición al franquismo como fueron José María Gil Robles y Joaquín Ruiz-Giménez no pudieron participar del proceso constituyente que protagonizaron las primeras Cortes democráticas. Las divisiones y enfrentamientos entre las distintas fuerzas políticas integradas en la Federación perjudicaron su imagen pública de unidad y cohesión.

PALABRAS CLAVE: Federación Democracia Cristiana – Izquierda Democrática – Democracia Social Cristiana – Joaquín Ruiz-Giménez – José María Gil Robles – Grupo Tácito – Unión de Centro Democrático

ABSTRACT: The article analyses the different reasons explaining the failure of the Federación Democracia Cristiana (FDC) on the first democratic elections of the Spanish Transition to democracy, held on the 15th of June 1977. The coalition got a scarce 1% of votes, a result which prevented them to get even a single parliamentary seat. Therefore, two outstanding figures of the opposition to the Francoist regime such as José María Gil Robles and Joaquín Ruiz-Giménez could not be part of the constituent process driven by the first democratic Parliament. The divisions within the political forces integrated in FDC harmed its public image of unity and cohesion.

KEY WORDS: Federación Democracia Cristiana – Izquierda Democrática – Democracia Social Cristiana – Joaquín Ruiz-Giménez – José María Gil Robles – Tácito Group – Unión de Centro Democrático

Ana Capilla es licenciada en Derecho, con especialidad en Derecho de la Unión Europea, por la Universidad San Pablo CEU y obtuvo un MA en Estudios Políticos y Administrativos Europeos del Colegio de Europa en Brujas. Actualmente está realizando un doctorado en Historia Contemporánea por la UNED, y concluyendo su tesis doctoral sobre la política exterior española en la Transición. Sus áreas de interés son la Unión Europea, la política exterior española y el proceso de transición política en España.

INTRODUCCIÓN

El presente artículo tiene por objeto analizar las posibles razones que explicarían el fracaso de la democracia cristiana en las primeras elecciones libres que se celebraron en España tras el fallecimiento de Franco, el 15 de junio de 1977. En las mismas la Federación de la Democracia Cristiana, que agrupaba a varias organizaciones democristianas, incluidas la Democracia Social Cristiana (DSC) de José María Gil Robles y la Izquierda Democrática (ID) de Joaquín Ruiz-Giménez, obtuvieron un número insuficiente de votos, de modo que no consiguieron ni un solo escaño. Este pobre resultado privó a ambos, que durante tantos años habían sido un referente de la oposición democristiana al franquismo, de la posibilidad de participar en primera persona en el diseño del sistema democrático y en la redacción de la Constitución de 1978.

José María Gil Robles, que había sido líder de la Confederación Española de Derechas Autónomas (CEDA), fue durante todo el franquismo la figura de referencia en el sector católico no colaboracionista. Para otro destacado e influyente democristiano y miembro de la CEDA, Manuel Giménez, Gil Robles fue, desde su retorno del exilio, el líder natural de la democracia cristiana española. Hasta el punto que el catedrático sevillano estaba convencido que la fusión entre la formación que se había creado en torno a su magisterio, Izquierda Demócrata Cristiana (IDC), y la encabezada por Gil Robles, DSC, resultaba inevitable en el medio o largo plazo. IDC, dada su gran preocupación por las cuestiones de justicia social, venía a ser la vertiente izquierdista de la democracia cristiana, frente a la DSC de Gil Robles, que representaba la democracia cristiana de derechas¹. Ambas estaban llamadas a integrarse en una única formación, pero sólo una vez que IDC se hubiera consolidado lo suficiente como para evitar ser fagocitada por DSC. Manuel Giménez quería evitar la mala experiencia que tuvo en la CEDA, donde su voz apenas era escuchada y resultaba muy vulnerable frente a los ataques del resto de grupos participantes de la coalición. Su temprano fallecimiento, en 1968, no sólo le impidió ser testigo de esta unión, sino que deparó a IDC un destino bien distinto. La juventud de los militantes de la formación descartaba la posibilidad de encontrar dentro de la misma a un sucesor. De modo que los miembros de su Ejecutiva, Óscar Alzaga, Jaime Cortezo y Fernando Gallo, buscaron un heredero fuera de IDC y no precisamente en la persona de Gil Robles. Los denominados “albaceas” de Manuel Giménez entendieron que si éste no había dado el paso en vida a favor de la fusión con DSC ni había dejado

1 Javier TUSELL, *La oposición democrática al franquismo 1939-1962*, Barcelona: Editorial Planeta, 1977, p. 331 y 332.

instrucciones para que se hiciera cuando falleciera, era porque no debía estar seguro de que hubiera llegado el momento².

Joaquín Ruiz-Giménez, a diferencia de Gil Robles, perteneció en un primer momento al sector colaboracionista de la democracia cristiana y de la mano de Martín Artajo se convirtió en Ministro de Educación en 1951. Se vio obligado a dimitir a consecuencia de los disturbios que se vivieron en la universidad en 1956. Abandonó el ministerio frustrado por la inmovilidad del Régimen y el coste que había tenido que pagar por medidas “liberalizadoras” tales como la revisión de los expedientes de depuración para favorecer la vuelta de catedráticos exiliados. A pesar de ello, la salida del Gobierno no implicó una ruptura con el Régimen, sino que siguió formando parte del Consejo Nacional del Movimiento, y más adelante el propio Franco le designó procurador en Cortes. Si bien su vuelta al mundo universitario, era catedrático de Filosofía del Derecho, y, sobre todo, la apertura de los trabajos del Concilio Vaticano II, en los que participó como experto seglar por designación de Juan XXIII, propiciaron que evolucionara desde las posiciones colaboracionistas que había mantenido hasta entonces hacia una cada vez más abierta y evidente oposición al franquismo. Se trató de una de las evoluciones políticas más llamativas del franquismo, dada la relevancia de los cargos que había ocupado, pero no la única. Por aquellas fechas otros compañeros propagandistas compartían su decepción ante la falta de desarrollo político del Régimen y comenzaban a marcar distancias con el mismo. La Ley de Principios del Movimiento Nacional había sido aprobada en 1958 y años después muchas de las previsiones de la misma aún estaban inéditas. Esta esclerotización del sistema político propició la desafección de muchos que, como Joaquín Ruiz-Giménez, se habían sumado en el pasado con entusiasmo al mismo³.

La fundación de la revista *Cuadernos para el Diálogo* en 1963 supuso un importante paso en el proceso de evolución de Joaquín Ruiz-Giménez. La publicación, que en un primer momento tenía un sustancial componente católico, supuso un punto de encuentro para los jóvenes democristianos de toda adscripción. De ahí que los “albaceas” de Manuel Giménez se decantaran por Joaquín Ruiz-Giménez, a quien se sentían también muy próximos, en vez de por José María Gil Robles como sucesor del primero al frente de IDC. A pesar de todo, la decisión de la Ejecutiva de IDC no dejaba de resultar un poco sorprendente. En primer lugar, porque los acólitos de Manuel Giménez sabían que éste sentía poca estima por el ex ministro franquista, del que recelaba precisamente por su colaboración con el Régimen. Así se lo hizo saber al interesado

² Óscar ALZAGA, “Izquierda Democrática Cristiana”, *Los Demócrata-Cristianos en la Transición Española, Revista XX Siglos*, nº 26, 1995, p. 58-73.

³ Antonio MARTÍN PUERTA, “La evolución política de Ruiz-Giménez y el proyecto de los propagandistas”, *Aportes*, 62, XXI (3/2006), p. 118-129.

en una carta que le remitió en 1951, nada más aceptar Joaquín Ruiz-Giménez la cartera de Educación, y en la que le comunicaba su decepción y su intención de romper todo vínculo con él⁴. Ni siquiera la salida de Joaquín Ruiz-Giménez del Gobierno propició un acercamiento entre los dos políticos, como prueba el hecho de que el catedrático sevillano rechazara colaborar en *Cuadernos*. No lo hizo en el momento del lanzamiento de la revista, ni tampoco cambió de opinión cuando ésta devino un instrumento útil para dar publicidad a las ideas que circulaban por el mundo de la oposición semiclandestina o tolerada. Aunque no puso reparo a que estrechos colaboradores suyos, como Jaime Cortezo u Óscar Alzaga, publicaran en *Cuadernos* a título personal. De ahí la conexión entre los mismos y Joaquín Ruiz Giménez y la decisión de proponerle que asumiera la presidencia de IDC.

El momento resultaba, sin duda, propicio para que el promotor de *Cuadernos* pasara de liderar una corriente de opinión a liderar una formación política. Lo que no estaba tan claro a esas alturas era si debía tratarse precisamente de una formación democristiana, pues tanto el catedrático como algunos de los jóvenes de su entorno más cercano se encontraban ya más próximos a la socialdemocracia que a las posturas democristianas de las que partieron. Estas dudas le llevaron a demorar su decisión de aceptar la propuesta sobre la presidencia de IDC, porque lo cierto es que se sentía ya más a la izquierda de lo que era habitual en la democracia cristiana europea⁵. En su decisión se sintió, además, muy presionado por “cuadernícolas” como Gregorio Peces Barba o Pedro Altares, que le recordaban que su evolución ideológica les alejaba de la democracia cristiana y que había llegado el momento de abrazar de una vez el socialismo⁶. Joaquín Ruiz-Giménez, que se encontraba dividido entre sus colaboradores más izquierdistas y los democristianos, quiso hacer de IDC un hogar común para todos ellos y que la formación fuera expresión de “un socialismo democrático humano, con alma cristiana, pero sin rótulos confesionales y sin estrechez alguna”⁷.

Por este motivo supeditó su aceptación de la presidencia al cumplimiento de tres condiciones. La primera de ellas era eliminar el adjetivo “Cristiana” y transformar Izquierda Democrática Cristiana en Izquierda Democrática (ID), para dejar claro la no confesionalidad del partido. Al fin y al cabo, el Régimen se seguía basando en la comunión de Iglesia y Estado, por lo que el adjetivo pa-

4 Fernando JÁUREGUI y Pedro VEGA, *Crónica del antifranquismo 1939-1975. Todos los que lucharon por devolver la democracia a España*, Barcelona: Editorial Planeta, 2007, p. 344-345.

5 Félix SANTOS, “Entrevista a Joaquín Ruiz-Giménez”, *Cuadernos para el Diálogo* 1963-1988, número extraordinario 25 aniversario, diciembre 1988, p. 5-18.

6 Joaquín ANTUÑA, Carlos BRU, Jaime CORTEZO, Eugenio NASARRE, *Izquierda Democrática*, Barcelona: Avance-Mañana Editoriales, 1976, p. 22-23.

7 Joaquín RUIZ-GIMÉNEZ, *Diarios de una vida, 1967-1978*, Madrid: Ed. Congreso de los Diputados, 2014, p. 131.

recía contraproducente para hacer un “llamamiento al pueblo español de avance a la democracia”⁸. Además, era importante conferir al partido un marcado carácter federalista y, por último, planteó la necesidad de un diálogo sincero y abierto con la izquierda marxista, para llegar a un socialismo autogestionario⁹. A pesar de estos esfuerzos, el grupo encabezado por Gregorio Peces Barba al poco tiempo, en la primavera de 1969, entró en el Partido Socialista, pero lo hicieron como “huérfanos”, tal y como les gustaba llamarse, porque Joaquín Ruiz-Giménez se había comprometido con el proyecto de ID. Donde, por otra parte, sí se integraron los “cuadernícolas” que seguían fieles a las ideas democristianas, como Eugenio Nasarre, Ricardo Egea o Juan José Tohaira. También lo haría un grupo desgajado de DSC, de signo claramente democristiano pero con tendencias izquierdistas. En este grupo se encontraban Fernando Álvarez de Miranda, Carlos Bru e Íñigo Cavero¹⁰.

LOS ANTECEDENTES HISTÓRICOS

La democracia cristiana, como se acaba de ver, admite una cierta transversalidad entre derecha e izquierda en la medida en que en su origen integró aspectos tanto del liberalismo como del socialismo. Los democristianos, en consecuencia, comparten con los liberales su preocupación por la persona, por el reconocimiento de sus derechos fundamentales y la iniciativa individual. No obstante, rechazan el individualismo exacerbado del que puede llegar a hacer gala el liberalismo ortodoxo y, como es evidente, su naturaleza secular. Del mismo modo, los democristianos comparten con los socialistas su preocupación por los derechos de la colectividad, especialmente los del Estado, aunque sin llegar a ser colectivistas. Esto es, no dan preferencia ni al Estado ni a ningún colectivo por encima del individuo. Tampoco establecen diferencias entre grupos, pues reconocen a todos por igual y entienden que cada cual, incluso los más pequeños, tiene un papel que jugar en el orden social, y por ello todos merecen el mismo reconocimiento¹¹.

Estos puntos de conexión con otras corrientes políticas explican por qué la democracia cristiana no se constituyó como un bloque ideológico monolítico, así como su idoneidad para ocupar el centro del espacio político. En los partidos democristianos que desde finales del siglo XIX vieron la luz en toda Europa

8 Félix SANTOS, “Entrevista a Joaquín Ruiz-Giménez”, *Cuadernos para el Diálogo* 1963-1988, número extraordinario 25 aniversario, diciembre 1988, p. 5-18.

9 Donato BARBA, *La oposición durante el franquismo/1. La Democracia cristiana 1936-1977*, Madrid: Ediciones Encuentro, 2001, p.142-148.

10 Joaquín ANTUÑA, Carlos BRU, Jaime CORTEZO, Eugenio NASARRE, *Izquierda Democrática*, *op. cit.*, p. 24.

11 Michael FOGARTY, *Historia e ideología de la democracia cristiana*, Madrid: Editorial Tecnos, 1964, p. 63-79.

confluían, por tanto, tendencias izquierdistas junto a otras más liberales o conservadoras. Esto ofrecía un amplio margen de acción a tales fuerzas políticas, así como de adaptación a los cambios en las corrientes de opinión¹².

Sin embargo, España durante mucho tiempo permanecería al margen de esta realidad y tendría que esperar hasta el siglo XX para ver aparecer una formación política democristiana de ámbito nacional. Son varias las razones que lo explican, pero la principal y más importante es que un partido de tales características no era necesario. Los partidos democristianos surgieron allí donde había una minoría de creyentes suficientemente amplia como para ser representativa y, a su vez, suficientemente pequeña como para sentirse amenazada o ineficaz si no se mantenía unida. Estas organizaciones surgieron como modo de protección o como medio para ganar influencia en los asuntos públicos, allí donde los cristianos sentían que la mayoría gobernante no compartía o no era proclive a conducirse de acuerdo a los valores de su fe¹³.

En el caso de España, la religión católica como tal nunca llegó a estar amenazada. La impregnación religiosa del país era de tal calado que buena parte de los liberales españoles, a pesar del *Syllabus*, eran creyentes sinceros y no tenían inconveniente en integrar los principios católicos en sus programas de gobierno. La constitución liberal de Cádiz de 1812, que reconocía la confesionalidad de la Nación española en su artículo 12, marcó la orientación de los liberales moderados españoles. Los mismos aspiraban a implantar un Estado liberal que reconociera y respetara la tradición española, especialmente uno de los elementos más importantes de la misma, la fe católica¹⁴. Más allá de convicciones personales, los liberales españoles eran conscientes que la unidad religiosa era garantía de unidad nacional y paz social. De ahí que los episodios de beligerancia anticlerical tengan un carácter más bien excepcional en la historia del liberalismo español del siglo XIX.

En consecuencia, aunque la religión desempeñara un papel fundamental en el enfrentamiento entre tradicionalistas y liberales, no era realmente ésta la que los separaba. Unos y otros compartían la misma fe. Pero mientras que para los primeros una única fe significaba una única opción política, que no era otra que el absolutismo, para los segundos volver a la alianza entre el altar y el trono era inadmisibile¹⁵. Las guerras carlistas se sucedieron hasta el último cuarto del siglo XIX condicionando la política española hasta entonces, así como el diseño de la gran obra política de Cánovas del Castillo, la Restauración. Para conjurar el peligro latente del carlismo, Cánovas ideó un sistema político bi-

12 *Ibidem*, p. 485.

13 *Ibidem*, p. 41-43.

14 Felipe-José DE VICENTE ALGUERÓ, *El catolicismo liberal en España*, Madrid: Editorial Encuentro, 2012, p. 74-105.

15 *Ibidem*, p. 104-105.

partidista en el que la derecha del espacio político estuviera ocupado por un Partido Conservador. El mismo se trataba, en realidad, de una formación de aluvión creada en torno a la figura de Cánovas y que, a imagen y semejanza de su líder, tenía un fuerte componente católico¹⁶. A pesar de ello, la heterogeneidad del Partido Conservador hace muy difícil que se le pueda considerar un partido democristiano o católico. Es más, el propio diseño del modelo político de la Restauración impedía que se creara uno. Tal era el objetivo que perseguía Cánovas, temeroso de que un partido católico se convirtiera en el refugio del carlismo y éste lo utilizara para crear inestabilidad. El componente católico del Partido Conservador, a pesar de no ser su eje central, hizo posible que se integraran en el mismo los católicos moderados y que se alcanzara un cierto entendimiento con la Iglesia, con lo que frustró la pretensión carlista de aglutinar en su formación a todo el catolicismo español¹⁷.

De acuerdo a lo señalado, no es de extrañar que la aparición del primer partido político democristiano en España se produjera justo en el momento en que el turno entró en crisis. Se trata del Partido Social Popular (PSP), fundado en 1922 a imagen y semejanza de las formaciones democristianas europeas y a partir de los diversos núcleos social-cristianos que venían operando desde hacía décadas en España, especialmente los sindicatos cristianos¹⁸. Algunos de esos núcleos hundían sus raíces en el carlismo, donde la encíclica *Rerum Novarum*, en la que la Iglesia demostró su sensibilidad hacia la difícil situación de la clase obrera pero sin caer en planteamientos marxistas, tuvo un notable impacto. De hecho, los primeros y más destacados católicos sociales son hombres pertenecientes al tradicionalismo como Severino Aznar, Vázquez de Mella, Enrique Gil-Robles o Jaime Balmes. También entre los fundadores del PSP hay nombres vinculados al carlismo, como el del propio José María Gil Robles, hijo del catedrático tradicionalista Enrique Gil Robles, o directamente procedentes del mismo, como Salvador Minguijón, Ricardo Oreja y Manuel Simó. Todo ello pone en evidencia que, en sus orígenes, la democracia cristiana española fue en parte acreedora del pensamiento y, sobre todo, de los hombres procedentes del tradicionalismo político¹⁹.

En este sentido Manuel Giménez, que formó parte de las juventudes del PSP pero no procedía del tradicionalismo, se trató más bien de una excepción. Porque a lo largo de toda su vida se mantuvo firmemente anclado a los principios de la democracia cristiana. Sus primeros pasos en política los dio en

16 Óscar ALZAGA, *La primera democracia cristiana en España*, Madrid: Editorial Ariel, 1973, p. 95.

17 José Luis ORELLA, "Las raíces carlistas de la Democracia cristiana", *Aportes*, 40, XIV (2/1999), p. 103-116.

18 Óscar ALZAGA, *La primera democracia cristiana en España*, *op. cit.*, p. 119-170.

19 José Luis ORELLA, "Las raíces carlistas de la Democracia cristiana", *Aportes*, 40, XIV (2/1999), p. 103-116.

la única formación verdaderamente democristiana que ha habido en España, el PSP, sin haber pasado antes, como muchos de sus compañeros de partido, por el carlismo. Quizás por ello no tuvo como estos la tentación de volver a posturas más conservadoras durante la II República. Los verdaderos democristianos como él fueron una minoría, y no especialmente valorada, dentro de la CEDA. Del mismo modo, en los últimos años de su vida también fue inmune al poder de atracción que el comunismo, imbuido entonces de gran prestigio, ejerció entre aquellos que, como él, compartían hondas preocupaciones sociales. El principal motivo que puede explicar por qué no hay más ejemplos de democristianos puros como Manuel Giménez fue la extrema fugacidad del PSP. El advenimiento de la dictadura de Primo de Rivera, el 13 de septiembre de 1923, propició una profunda escisión dentro del partido entre los partidarios de colaborar con la dictadura y los contrarios, que acabó por propiciar la desaparición de esta formación a finales de 1924²⁰. La breve existencia de este partido probablemente sea también la razón por la cual no tuvieron ocasión de consolidar en la sociedad española una opción política democristiana capaz de sobrevivirles. A todos los efectos, España, a pesar del PSP, nunca ha tenido tradición democristiana, más bien una excepción democristiana.

La prueba más concluyente de tal afirmación es que la siguiente gran formación política creada en España y llamada a ocupar el espacio político del PSP no fue un partido democristiano. La Confederación Española de Derechas Autónomas (CEDA) era una coalición de partidos de derechas y confesionales, cuyo objetivo no era cincelar la vida política española de acuerdo a los principios de la doctrina social de la Iglesia, sino defender a los sectores más tradicionales frente a la marea revolucionaria suscitada por la proclamación de la República²¹. La CEDA, por tanto, fue un movimiento conservador en el sentido más estricto del término. Se creó para frenar la ofensiva anticlerical y revolucionaria del resto de fuerzas republicanas, y ello suscitó, como reacción a las mismas, que sus integrantes volvieran a posiciones más cercanas al tradicionalismo carlista que a las democristianas del PSP, que resultaban mucho más avanzadas incluso en el tema de las relaciones Iglesia-Estado. Eran, por lo tanto, pocos los miembros de la CEDA que podían considerarse como democristianos, y Manuel Giménez era uno de ellos. De ahí que él fuera la persona a la que recurrieron los primeros jóvenes que, a raíz de los acontecimientos de 1956, quisieron configurar una opción antifranquista en clave católica. Fue el origen de Izquierda Democrática Cristiana (IDC).

Gil Robles no actuó, por tanto, como un líder democristiano al frente de la CEDA y, de hecho, ni siquiera apoyó ni defendió a la corriente democristiana

²⁰ Óscar ALZAGA, *La primera democracia cristiana en España*, op. cit., p. 291-299.

²¹ *Ibidem*, p. 305-321.

integrada en la coalición. Su verdadera adscripción a esta corriente se produciría más adelante y propiciaría que a su vuelta del exilio, durante el cual se convirtió en un miembro destacado del entorno de D. Juan, emprendiera una nueva aventura política, esta vez sí bajo el signo de la democracia cristiana, la DSC²².

EL EQUIPO DEMÓCRATA CRISTIANO ESPAÑOL

El panorama descrito en el primer apartado debe completarse con las fuerzas políticas democristianas de carácter regional, en concreto con el Partido Nacionalista Vasco (PNV) y Unió Democràtica de Catalunya (UDC). Todas ellas se integraron, junto ID y DSC, en el Equipo de la Democracia Cristiana Española, más adelante Equipo Demócrata Cristiano del Estado Español o Equipo DC.

La nomenclatura procedía del XVII Congreso Europeo de los Partidos Democristianos, celebrado en Taormina en 1965. España, como se acaba de ver, carecía de un único gran partido democristiano, como muchos otros de los países europeos, así que las fuerzas democristianas españolas participaron a partir de ese momento en distintas citas internacionales bajo esa designación común. No fue hasta 1970 cuando empezó a adquirir relevancia en el interior al ser utilizada como plataforma de coordinación de los grupos que la integraban²³. El Equipo DC fue especialmente decisivo a partir de 1975, esto es, cuando los acontecimientos empezaron a acelerarse ante el inminente fin de etapa y la necesidad de unidad en la democracia cristiana española era cada vez más urgente.

Sin embargo, de acuerdo al testimonio de Díaz-Ambrona, los mimbres con los que se debía construir tal unidad no podían ser más endebles. Muchos miembros de ID seguían rechazando la figura de Gil Robles, por considerarla anacrónica y muy conservadora. Del lado de la Federación Popular Democrática (FPD), asociación en la que se había refundado la DSC en 1975, había igualmente cierta aversión hacia Ruiz-Giménez, por su pasado pero también por su presente. El PNV, por su parte, participaba poco del Equipo DC pues su única prioridad era lo que acaecía en el País Vasco. De ahí que hubiera dudas sobre si la formación debía abrirse a otros grupos regionalistas, más allá del PNV y de la UDC de Antón Cañellas²⁴.

Por si esto no fuera suficiente, los partidos democristianos, como reacción al “espíritu del 12 de febrero”, también buscaron alianzas con otros grupos de

22 Donato BARBA, *La oposición durante el franquismo/1. La Democracia cristiana 1936-1977*, op. cit., p. 31-80.

23 *Ibidem*, p. 214-240.

24 José Antonio ORTEGA DÍAZ-AMBRONA, “Ruiz-Giménez y la Democracia Cristiana”, *Los Demócrata-Cristianos en la Transición Española*, *Revista XX Siglos*, nº 26, 1995, p. 30-46.

la oposición. Joaquín Ruiz-Giménez, en contra de la opinión de un sector de ID encabezado por Óscar Alzaga, propició junto al PSOE la creación de la Plataforma de Convergencia Democrática, con el objetivo de rivalizar y ofrecer una alternativa a la muy popular Junta Democrática, auspiciada por el Partido Comunista²⁵. Aunque la verdadera intención del catedrático no era aislar a los comunistas sino todo lo contrario, propiciar una unión con la Plataforma que dio lugar a Coordinación Democrática, coloquialmente conocida como Platajunta. Este punto fue uno de los que causó más fricción dentro del Equipo DC, pues el acercamiento a los comunistas era del todo inaceptable para Gil Robles. No hubo manera de alcanzar un acuerdo en el seno del Equipo DC en materia de alianzas, así que cada formación tomó la decisión que le pareció más oportuna²⁶. Lo cierto es que esta proximidad a las fuerzas marxistas y la cooperación con las mismas en el seno de Coordinación Democrática tampoco fue bien entendida fuera de España. Lo partidos democristianos europeos, que tan estrechamente habían colaborado con Joaquín Ruiz-Giménez durante décadas, mostraron preocupación por esta alianza, especialmente alemanes, belgas, austriacos y suizos²⁷.

Pero Joaquín Ruiz-Giménez era muy firme en este punto. Estaba convencido de que si la democracia cristiana apoyaba el tímido proceso de apertura que estaba propiciando el propio Régimen, contribuirían a que se reeditara el Frente Popular²⁸. De ahí su insistencia en la necesidad de buscar el entendimiento con los comunistas, y su firme propósito de lograr que la Plataforma de Convergencia Democrática se unificara con la Junta Democrática en la denominada Coordinación Democrática. Para el catedrático resultaba crucial que ID estuviera en los organismos de coordinación de la oposición, pues si esta formación abandonaba los mismos ambos quedarían integrados sólo por fuerzas políticas de izquierda²⁹. Así lo reflejó en sus diarios, cuando señaló que “sería un grave error que en esa Plataforma no estuviese algún sector DC. ¡Luchar siempre contra la tremenda dicotomía Frente Nacional-Frente Popular!”³⁰. Éste era su mayor temor, que se reprodujera un clima político similar al de la II República con un país dividido entre derechas e izquierdas. De modo que cabe pensar que sacrificó la estrategia electoral de su partido, como le reprochaba

25 Eugenio NASARRE, “De Izquierda Democrática a Unión de Centro Democrático”, *Los Demócrata-Cristianos en la Transición Española, Revista XX Siglos*, nº 26, 1995, p. 58-73.

26 Donato BARBA, *La oposición durante el franquismo/1. La Democracia cristiana 1936-1977, op. cit.*, p. 214-240.

27 Joaquín RUIZ-GIMÉNEZ, *Diarios de una vida, 1967-1978, op. cit.*, p. 672.

28 Joaquín ANTUÑA, Carlos BRU, Jaime CORTEZO, Eugenio NASARRE, *Izquierda Democrática, op. cit.*, p. 29-30.

29 Eugenio NASARRE, “De Izquierda Democrática a Unión de Centro Democrático”, *Los Demócrata-Cristianos en la Transición Española, Revista XX Siglos*, nº 26, 1995, p. 58-73.

30 Joaquín RUIZ-GIMÉNEZ, *Diarios de una vida, 1967-1978, op. cit.*, p. 654.

Óscar Alzaga, para conseguir un fin que él, que sí había vivido la Guerra Civil, consideraba superior.

LA DEMOCRACIA CRISTIANA ANTE LAS PRIMERAS ELECCIONES GENERALES DE LA DEMOCRACIA

Joaquín Ruiz-Giménez, y por extensión ID, trataba, por lo tanto, de mantener un difícil equilibrio en el periodo de incertidumbre que se abrió en noviembre de 1975. Cada vez resultaba más evidente que la democracia cristiana debía presentarse unida a las primeras elecciones generales de la democracia pero, a la vez, pretendía evitar que, en otro momento grave de la historia del país, hubiera una tajante división entre izquierdas y derecha y resurgiera el fantasma de “las dos Españas”. Su empeño por construir puentes con el Partido Comunista llevó a Joaquín Ruiz-Giménez a asumir posiciones poco realistas y abandonar la idea de transición que había defendido durante la década de los 60, y que estaba más cerca de lo que realmente sucedió³¹. De este modo, su apuesta por Coordinación Democrática le hizo posicionarse en contra de la Ley de Reforma Política y defender la tesis de la ruptura³². El amplio respaldo de los españoles a la Ley de Reforma Política, sometida a referéndum en diciembre de 1976, fue su primer gran fracaso, pues habían hecho campaña a favor de la abstención, como medio para lograr la ruptura que pretendían las fuerzas integradas en la Platajunta³³. Se confirmaba entonces que el “ala autónoma” de ID, integrada, entre otros, por Óscar Alzaga, Íñigo Cavero y Fernando Álvarez de Miranda y que se había escindido del partido en el Congreso de ID de El Escorial de abril de 1976, había estado acertada al exigir que el partido abandonara los organismos unitarios de la oposición democrática y recuperara la defensa de la tesis de la reforma, frente a la de la ruptura³⁴.

Estos organismos de coordinación se disolvieron poco después de la convocatoria de elecciones generales, por lo que ID ya era libre para buscar el entendimiento con Gil Robles y su Federación Popular Democrática (FPD), antigua DSC. A partir de ese momento la estrategia electoral pasó a primer plano pero, aun así, resultaba difícil superar las numerosas discrepancias surgidas dentro del Equipo³⁵ y recuperar un electorado que debía sentirse bastante descon-

31 Óscar ALZAGA, “Izquierda Democrática Cristiana”, *Los Demócrata-Cristianos en la Transición Española, Revista XX Siglos*, nº 26, 1995, p. 58-73.

32 Félix SANTOS, “Entrevista a Joaquín Ruiz-Giménez”, *Cuadernos para el Diálogo 1963-1988*, número extraordinario 25 aniversario, diciembre 1988, p. 5-18.

33 Donato BARBA, *La oposición durante el franquismo/1. La Democracia cristiana 1936-1977, op. cit.*, p. 214-240.

34 Eugenio NASARRE, “De Izquierda Democrática a Unión de Centro Democrático”, *Los Demócrata-Cristianos en la Transición Española, Revista XX Siglos*, nº 26, 1995, p. 58-73.

35 *Ibidem*.

certado por la proximidad a las fuerzas marxistas. No obstante, las diferencias entre el exministro y Gil Robles no se limitaban a las alianzas estratégicas con la izquierda. La cuestión regional era otro motivo de gran polémica en el seno del Equipo DC, en el que había formaciones democristianas de Cataluña, País Vasco y Valencia. También en esta ocasión las reivindicaciones de estos grupos encontraron más simpatías en Joaquín Ruiz-Giménez que en el otro gran partido demócrata cristiano nacional. Todo ello explica por qué la unión de ambas fuerzas políticas, que fue bautizada como Federación de la Democracia Cristiana (FDC), llegó un año después de que ésta fuera aprobada por los respectivos congresos de FPD e ID. Pues lo cierto es que no había acuerdo ni siquiera en la forma: fusión o federación³⁶.

La estrategia electoral fue igualmente motivo de división en el seno de la Federación, entre los que estaban a favor de integrarse en la coalición electoral moderada y centrista que estaba formándose bajo la denominación de Unión de Centro Democrático (UCD), y quienes seguían siendo reticentes al proceso de reforma que se estaba produciendo. La decisión se adoptó en una reunión del Consejo Político de la Federación en el Colegio Mayor San Pablo CEU en abril de 1977, en la que Gil Robles invocó los Estatutos de la Federación, que exigían una mayoría de dos tercios para la adopción de determinadas decisiones, como las alianzas electorales. De este modo consiguió abortar la operación de ingreso en la UCD que apoyaba una buena parte de la Federación. Una decisión que, además, venía respaldada por las encuestas, que auguraban malos resultados para la democracia cristiana si concurría sola a las elecciones³⁷. En este punto, el factor generacional también fue clave. Igual que, como se ha señalado, lo había sido en las disputas entre Joaquín Ruiz-Giménez y Óscar Alzaga en el seno de ID, donde se enfrentó la visión de una generación que sí había sufrido la Guerra Civil con otra que carecía de esa experiencia directa. En relación a la UCD, los jóvenes democristianos no tenían prejuicio alguno frente al presidente Suárez, que cuando le nombraron era ministro secretario general del Movimiento, y el resto de miembros de la coalición procedentes del Régimen. Estaban dispuestos a compartir proyecto político, en la medida en que coincidían en lo fundamental. Gil Robles y Ruiz-Giménez, en cambio, que llevaban décadas en la oposición al Régimen, sí que tenían serias objeciones al proyecto de UCD.

El debate que los jóvenes de Izquierda Democrática suscitaron en el Comité Político de la Federación celebrado en la primavera de 1977 en el Colegio Mayor San Pablo CEU incidía de pleno en lo que José María Gil Robles

36 Donato BARBA, *La oposición durante el franquismo/1. La Democracia cristiana 1936-1977*, op. cit., p. 214-240.

37 Eugenio NASARRE, "De Izquierda Democrática a Unión de Centro Democrático", *Los Demócrata-Cristianos en la Transición Española*, Revista XX Siglos, nº 26, 1995, p. 58-73.

calificó como la gran encrucijada a la que se enfrentó la democracia cristiana española en la Transición: seguir un camino propio e independiente o coordinarse con otras fuerzas políticas, en concreto con la UCD, promovida por la parte reformista del Régimen³⁸. Una cuestión que enlazaba con otra que venía de más antiguo y que planteaba la posibilidad de cerrar la brecha que había surgido hacía décadas en el seno del catolicismo político español entre el sector colaboracionista y los que optaron por mantenerse al margen del Régimen y combatir al mismo desde el exilio y el interior, como era el caso de Gil Robles³⁹.

En este sentido cabe señalar que la UCD en su origen estaba vinculada al mundo democristiano y, en concreto, al proyecto Tácito. En el mismo coincidieron un grupo de jóvenes católicos del entorno de la Asociación Católica Nacional de Propagandistas (ACNP) que bajo este seudónimo comenzaron a publicar semanalmente una serie de artículos en el diario *Ya* entre junio de 1973 y febrero de 1977. En dichos artículos fueron adelantando los cambios normativos que harían posible el desmantelamiento del Régimen y su sustitución por un sistema democrático⁴⁰. El grupo integraba a altos cargos del Régimen, y a miembros de las fuerzas democristianas de la oposición. De hecho, el propósito de la ACNP al poner en marcha esta iniciativa era crear un foro común en el que se pudieran encontrar tanto los propagandistas opositores como los que estaban dentro del Régimen⁴¹. A pesar de los esfuerzos del presidente de la ACNP, Abelardo Algora, no consiguió que ni Gil Robles ni Joaquín Ruiz-Giménez participaran de esta iniciativa⁴², de la que desconfiaron desde un primer momento.

Los “tácitos” fueron los impulsores del Partido Popular que, a su vez, fue el germen de la UCD. El Partido Popular, al frente del cual se situó Pío Cabanillas, fue creado a finales de 1976 pero desde tiempo antes los “tácitos” se habían propuesto sentar las bases de un gran partido de masas e interclasista inspirado en los principios del humanismo cristiano, pero no limitado por la ortodoxia de un partido confesional. La renuncia a la etiqueta democristiana permitió que se sumaran al proyecto formaciones de centro liberales y social

38 José María GIL ROBLES, “Democracia Social Cristiana”, *Los Demócrata-Cristianos en la Transición Española, Revista XX Siglos*, nº 26, 1995, p. 47-57.

39 Javier TUSELL, *Franco y los católicos. La política interior española entre 1945 y 1957*, Madrid: Alianza Editorial, 1984, p. 166.

40 Donato BARBA, *La oposición durante el franquismo/1. La Democracia cristiana 1936-1977, op. cit.*, p. 241- 280.

41 Charles POWELL, Powell, C., “The ‘Tácito’ group and the transition to democracy 1973-1977” en Frances LANNON y Paul PRESTON, *Élites and power in twentieth-century Spain. Essays in honour of Sir Raymond Carr*, Oxford: Oxford University Press, 1990, p. 249-268.

42 Donato BARBA, *La oposición durante el franquismo/1. La Democracia cristiana 1936-1977, op. cit.*, p. 241- 280.

demócratas⁴³, integrando una opción electoral de centro atractiva que apostaba por la reforma frente al inmovilismo de unos y al proyecto de ruptura que otros proponían. No obstante, una fórmula tan heterogénea no resultaba del agrado ni de Gil Robles ni de Ruiz-Giménez y sabían, como le había pasado a Manuel Giménez en la CEDA, que era fácil que el elemento democristiano quedara diluido en el cóctel ideológico que Leopoldo Calvo Sotelo estaba preparando para el presidente Suárez.

Por otra parte, aunque ambos líderes comprendían el argumento acerca de la conveniencia de crear una gran coalición electoral de centro que contrarrestara el fuerte influjo de Alianza Popular que señalaban las encuestas, expresaron al propio Suárez su oposición a que fuera él el que encabezara esta coalición, convirtiéndola así, a la mexicana, en un “partido institucional”. Precisamente era este punto, el éxito que podía cosechar Alianza Popular según las encuestas, lo que llevó a Joaquín Ruiz-Giménez a flexibilizar su postura en el Consejo político y proponer una gran coalición electoral de partidos, que aglutinara a todos los partidos moderados incluido UCD, para constituir una “alianza para la Democracia”. Por el contrario, Gil Robles y otros tantos creían que la Democracia Cristiana debía afrontar sola esta prueba, para salir reforzada como partido⁴⁴.

En lo que sí cabe pensar que ambos líderes coincidían era en lo duro que resultaba asimilar que, después de años de desgaste por su postura de resistencia al Régimen, la salida al franquismo no viniera de su mano sino de la de quienes hasta anteaer formaban parte del mismo. En ese sentido, es más que probable que la reticencia de los más veteranos democristianos, sobre todo por parte de Gil Robles, tuviera raíces profundas y muy personales. Sobre todo en su caso, que había vivido el exilio en dos ocasiones, y cargaba en sus espaldas con demasiados años de dificultades y sacrificios personales y familiares como para olvidarse sin más de ellos y unir su destino al de quienes habían formado parte del Régimen causante de tales penurias. Como Joaquín Ruiz-Giménez pudo comprobar en primera persona, no se vivía en España igual de bien con el Régimen que contra el Régimen. Por lo que es lógico pensar que la inflexibilidad que Gil Robles demostró al vetar la decisión adoptada por el Consejo Político de la Federación en el Colegio Mayor San Pablo CEU a favor de la integración en UCD, respondía a su decisión de ser coherente con la trayectoria vital y política que había asumido décadas atrás y por la que había pagado un alto precio.

El gesto autoritario de Gil Robles esa noche en el Colegio Mayor San Pablo CEU, por tanto, se debió en gran parte a la frustración que debía sentir al tomar conciencia de que era más que probable que no pudiera cosechar los

43 Charles POWELL, “The ‘Tácito’ group and the transition to democracy 1973-1977” en Frances LANNON y Paul PRESTON, *Élites and power in twentieth-century Spain. Essays in honour of Sir Raymond Carr*, Oxford: Oxford, Oxford University Press, 1990, p. 249-268.

44 Joaquín RUIZ-GIMÉNEZ, *Diarios de una vida, 1967-1978*, op. cit., p. 749, 750 y 752.

frutos de tantos años de sacrificio y lucha, pues la Transición iba a ser liderada por el sector reformista del Régimen. Quizá ello le impidió tomar plena conciencia de que su intento de medir la fuerza de la democracia cristiana en España presentándose autónomamente a las elecciones era inútil, porque a esas alturas algunos democristianos ya se habían integrado en UCD. En concreto, el grupo que se había escindido de ID en el Congreso de El Escorial de 1976, la denominada “ala autónoma”. Hubo, por tanto, una representación del mundo católico dentro de la coalición cuyos principios, efectivamente, respondían en esencia a los del humanismo cristiano⁴⁵. La gran aportación de este grupo a la UCD es que contribuyeron, gracias a que ellos sí que podían presumir de una hoja de servicios antifranquista, a que la formación ganara legitimidad, compensando el pasado colaboracionista de sus promotores, desde Alfonso Osorio al propio presidente del Gobierno, Adolfo Suárez⁴⁶. De modo que la Federación no representaba a toda la democracia cristiana española, pese a que ésta era su intención. Una pretensión vana teniendo en cuenta las escisiones que en años anteriores se habían producido tanto en la FPD como en los partidos que la integraban. Todo ello debería haber propiciado un replanteamiento de la estrategia a seguir de cara a las inminentes elecciones generales.

El 15 de junio de 1977 los españoles pudieron volver a votar después de más de cuatro décadas y apoyaron mayoritariamente a la coalición de partidos que se había creado en torno al presidente Suárez para que éste pudiera concurrir a la cita electoral. La UCD obtuvo 165 escaños, once menos de la mayoría absoluta pero manteniendo una cierta distancia respecto a la segunda fuerza votada, el PSOE, que consiguió 118 diputados. Al final, la voluntad popular expresada democráticamente, un objetivo al que habían dedicado años de trabajo y dedicación, dio totalmente la espalda a Joaquín Ruiz-Giménez y a Gil Robles y no les permitió si quiera participar mínimamente del proceso constituyente. Los resultados electorales confirmaron las peores previsiones de las encuestas: apenas alcanzaron el 1% de los votos, se quedaron por debajo de los 193.000 sufragios. Así que la Federación de la Democracia Cristiana no obtuvo ni un solo escaño en el Congreso de los Diputados en las primeras elecciones generales de la democracia.

LA INCORPORACIÓN DE LOS MILITANTES DE FPD EN UCD

La alianza entre los reformistas del Régimen y la oposición moderada a la que tanto se oponía Gil Robles fue, en realidad, clave para entender el desarrollo de

⁴⁵ Íñigo CAVERO, “¿Por qué no fue posible una democracia cristiana?”, *Los Demócrata-Cristianos en la Transición Española, Revista XX Siglos*, nº 26, 1995, p. 18-29.

⁴⁶ Tom BURNS, *Conversaciones sobre la derecha*, Barcelona: Ed. Plaza & Janés, 1997, p. 30-31.

la Transición, porque además se convirtió en el eje fundamental de los gobiernos de la UCD⁴⁷. Las precauciones de los mayores no pudieron poner freno a las ambiciones de los más jóvenes de ambos bandos, una vez que estos llegaron a la conclusión de que la única manera de satisfacer las mismas en el escenario político que se abriría tras el fallecimiento de Franco era a partir de la unidad. Sólo así se entiende que se integraran en esa sociedad de intereses nombres como el de Íñigo Cavero u Óscar Alzaga, que habían rechazado a principios de 1974 Direcciones Generales del Gobierno Arias, ya que no se les ofrecían garantías suficientes de evolución⁴⁸. No obstante, el devenir de los acontecimientos debieron convencerles de la necesidad de la fórmula, que funcionó precisamente porque se juntaron “el hambre que tenían unos por establecer, por fin, una democracia a la europea con las ganas que tenían otros de seguir comiendo del *establishment* del poder⁴⁹”.

No fueron los únicos que confiaban en la conveniencia de esta fórmula para construir un futuro de paz y unidad para España. El propio Fraga sondeó a Joaquín Ruiz-Giménez acerca de una posible “operación puente” tras el fallecimiento de Franco, conducida por un hombre de dentro del sistema y otro de fuera del mismo⁵⁰. En ese sentido, el grupo Tácito fue el principal punto de encuentro entre opositores y reformistas católicos, pero lo cierto es que los contactos entre unos y otros se multiplicaron a medida que la salud de Franco se iba deteriorando. Fue así cómo se selló la alianza entre los mismos, que favoreció el desembarco de muchos democristianos en las filas de UCD, antes y después de la derrota de la Federación de la Democracia Cristiana en las elecciones de 1977.

Los militantes de FDC, que abrieron un proceso de reflexión después de la derrota electoral, eran conscientes de que la figura y el carisma de Adolfo Suárez habían sido decisivos para el resultado conseguido el 15 de junio. Dos documentos de Ignacio Despujol, miembro de FDC procedente de la FDP de Gil Robles, fechados apenas un mes después de celebradas las elecciones y en los que se planteaba cómo articular el trasvase de militantes de FDC a UCD, así lo recogía: “[N]adie duda de que el triunfo de UCD en las elecciones ha sido un triunfo personal del señor Suárez”. No obstante, también eran conscientes de que, a pesar de lo sentenciado por las urnas en relación a la FDC, en realidad su programa era el que había resultado apoyado mayoritariamente por los españoles, sólo que a través de otras siglas. “Vemos, por una parte, que el programa humanista cristiano fundamental que proclamamos como principio básico de la democracia, ha sido esgrimido con mejores resultados por la UCD

47 Tom BURNS, *Conversaciones sobre la derecha*, op. cit., *Conversación con Óscar Alzaga*, p. 277-293.

48 Joaquín RUIZ-GIMÉNEZ, *Diarios de una vida, 1967-1978*, op. cit., p. 496.

49 Tom BURNS, *Conversaciones sobre la derecha*, op. cit., *Conversación con Óscar Alzaga*, p. 277-293.

50 Joaquín RUIZ-GIMÉNEZ, *Diarios de una vida, 1967-1978*, op. cit., p. 620.

y vemos, por otra parte, que los planteamientos sociales avanzados que quisimos ofrecer, han sido aceptados por el pueblo a través de la opción socialista”. Deducían de ello, por tanto, que no ha⁹

bía fallado el mensaje ni el fondo, tan sólo la forma en que se había presentado el mismo. “No se ha votado el programa (¿qué programa tiene UCD?) sino a la imagen y a la idea de cambio sin más profundidades”⁵¹.

Pero ganar unas elecciones y gobernar son dos cuestiones bien distintas y plantearse esta última tarea a partir de un programa poco consistente, en gran medida porque los puntos de coincidencia entre las tres corrientes agrupadas en la UCD no eran muchos y, en cambio, las discrepancias afectaban a cuestiones graves, entorpecería seriamente la labor de gobierno. Creían que, inevitablemente, el presidente Suárez tenía que hacer una elección ideológica. Por eso los militantes de FDC concluyeron que la opción más ventajosa para ellos era integrarse en UCD no a partir de uno de los partidos que formaban la coalición sino directamente a través del presidente Suárez. De modo que éste pudiera contar con un equipo propio que sólo dependiera de él y “constituido a su alrededor con una sola finalidad: hacer de UCD un partido auténtico con una ideología concreta”. Esa ideología no era otra que la democristiana, la gran triunfadora, según ellos, de la cita electoral⁵².

Por otra parte, después de la victoria electoral se planteaba el reto de convertir la ensalada de fuerzas que habían ido juntas a las elecciones bajo las siglas de UCD en un sólido partido político, que ayudara al Gobierno en sus responsabilidades. No se trataba de una tarea fácil, y menos en un país en el que las formaciones políticas distintas del Movimiento habían estado prohibidas durante casi cuarenta años. Un motivo más por el cual los antiguos militantes de la FDC creyeron que, pese al batacazo vivido en la noche electoral, tenían una oportunidad para evitar que su entrada en la UCD se hiciera por la puerta de atrás. Sabían que para los integrantes de la coalición iba a ser un auténtico desafío “establecer el organigrama funcional que permita a lo que sólo es una agrupación de mínimas entidades, en cuanto al número de sus afiliados, convertirse en un auténtico partido desde el punto de vista pragmático de funcionamiento”. Si bien esto no era sólo achacable al pequeño tamaño de las formaciones políticas, sino también a la falta de experiencia. Después de tantos años de Régimen era difícil encontrar gente que supiera cómo articular un partido político, y especialmente en la derecha del espectro político. Tanto el partido socialista como el comunista habían sobrevivido en la clandestinidad durante el franquismo, y sus estructuras se habían de-

51 Archivo privado de Javier Rupérez. Nota interna de FDC de Ignacio Despujol, “La necesaria personalización del centro”, 12 de julio de 1977. Nota interna de FDC de Ignacio Despujol, “La posible evolución del centro”, 20 de julio de 1977.

52 *Ibidem*.

bilitado pero no desaparecido. En la derecha los núcleos políticos democráticos eran más humildes pero quienes habían participado en las formaciones democristianas de Gil Robles o de Ruiz Giménez desde luego sabían cómo gestionar fuerzas políticas de mayor peso que los pequeños partidos que estaban en UCD, algunos de los cuales habían surgido precisamente a partir de la escisión de los primeros. Los militantes de FDC podían ser muy útiles a la hora de dotar a la coalición de la necesaria estructura institucional, pues eran muy conscientes de que el gran reto al que se enfrentaba la UCD era “llegar a definir su personalidad con unos rasgos lo suficientemente concretos y atractivos como para convertirse en un partido proselitista, con cuadros, militantes y objetivos. Y para eso es muy probable que no sea suficiente con el señor Calvo Sotelo”⁵³.

El posicionamiento adoptado por los militantes de FDC de cara a su inserción en UCD pone de manifiesto que, pese a los malos resultados de las elecciones, eran conscientes de que el día 15 de junio había fracasado una determinada estrategia electoral pero no la democracia cristiana. Todo lo contrario, los españoles habían ofrecido su apoyo mayoritario a la coalición de UCD que, pese a su diversidad, se articulaba en torno a los principios del humanismo cristiano. Por este motivo los miembros de FDC se sentían con suficiente fuerza como para plantear ciertas condiciones en su integración en UCD, conscientes de que, además, tenían mucho que ofrecer a esta formación en un momento que encaraba un difícil reto, como era el de pasar de coalición electoral a formar un verdadero partido político. Y, además, no cualquier partido político sino el que sustentaba el Gobierno de la Nación.

LAS OTRAS RAZONES DEL FRACASO DE LA FDC

En los apartados anteriores se han analizado con cierto detenimiento las conflictivas relaciones internas entre los distintos grupos democristianos porque, indudablemente, lastraron sus posibilidades de cara al encuentro electoral de 1977. De este modo, la Federación era percibida como una amalgama casi forzada de quienes habían sido durante mucho tiempo compañeros de viaje, y no especialmente bien avenidos. Incluso la propaganda electoral, en la que participaban todos y cada uno de los líderes de las distintas fuerzas de la Federación, delataba que la misma carecía de unidad interna y que, después de años esperando el cambio, no habían sido capaces de integrarse para afrontar juntos de verdad el nuevo tiempo. Parecía que las viejas rencillas del pasado y los egos personales estaban tan vivos como antaño y que siquiera en un momento tan trascendente eran capaces de superarlos.

⁵³ *Ibidem*.

No obstante, existen también otras causas aún más determinantes a la hora de explicar un resultado tan pobre y decepcionante. Causas que están directamente relacionadas con el impacto que tuvo en la Iglesia española la doctrina conciliar acerca del papel de la Iglesia en las cuestiones temporales, y que jugó, antes y después, en contra de las fuerzas democristianas.

En un primer momento, a finales de los años 60, porque la difícil digestión del Concilio por parte de la jerarquía eclesiástica española provocó una profunda crisis en los movimientos seculares y esquilmo la base electoral natural sobre la que se deberían haber construido los partidos democristianos. En un segundo momento, en la década de los 70, por todo lo contrario, porque la cúpula de la Iglesia española, cumpliendo estrictamente con lo establecido en el Concilio Vaticano II, declaró su neutralidad en cuestiones políticas y se abstuvo de ofrecer su apoyo explícito a ninguna fuerza política, aun cuando éstas se identificaran como democristianas.

El pluralismo político que defendía la nueva doctrina conciliar suponía, en definitiva, cortar de raíz los lazos con la Iglesia que tradicionalmente habían dado sustento a las fuerzas democristianas europeas. Ya no había una única opción política integradora para los católicos, por lo que ya no tenía sentido que se trataran de crear partidos orientados a captar el voto de los católicos⁵⁴. Los democristianos españoles se equivocaron al pensar que, casi treinta años más tarde y después del Vaticano II, podían reeditar en España el enorme éxito que sus compañeros europeos habían disfrutado mientras ellos plantaban cara al franquismo. Si bien, para respetar el orden cronológico de los hechos, antes de entrar en el detalle acerca de las consecuencias concretas que el Concilio tuvo en la escena política española de la etapa de la Transición, es indispensable abordar la brecha que el mismo causó a mediados de la década de los 60 entre la base de la Iglesia española y su jerarquía, en su mayoría aún firme defensora del “nacional-catolicismo”. Aunque conviene matizar que la incomodidad que los obispos españoles sintieron ante las discusiones del Concilio era también compartida por gran parte del clero español. La impresión retrospectiva de los miembros del episcopado español es que cuando se abrió el Concilio probablemente “ningún conjunto de Iglesias locales estaba tan lejos teológica, psicológica, pastoral y vitalmente del Concilio Vaticano II y de sus planteamientos como las Iglesias locales de España⁵⁵”.

La convocatoria del Concilio y los temas tratados en el mismo fue una sorpresa para la Iglesia española con la excepción de algunos ambientes religiosos

⁵⁴ Íñigo CAVERO, “¿Por qué no fue posible una democracia cristiana?”, *Los Demócrata-Cristianos en la Transición Española, Revista XX Siglos*, nº 26, 1995, p. 18-29.

⁵⁵ Ramón ECHARREN YSTÚRIZ (Obispo de Canarias), “Evolución del episcopado y clero españoles desde el concilio hasta nuestros días” en VV.AA., *Al servicio de la Iglesia y del Pueblo. Homenaje al Cardenal Tarancón en su 75 aniversario*, Madrid: Editorial Narcea, 1984, p. 61-75.

más avanzados y abiertos al exterior. En una atmósfera tan cerrada como la de la Iglesia española de principios de los 60, el nuevo concepto y modelo de Iglesia como pueblo de Dios, que implicaba una cierta democratización de la estructura de la Iglesia y, además, el reconocimiento del papel de los laicos, supuso una brisa de aire fresco para los movimientos seculares y los revitalizó profundamente⁵⁶. Tales cambios fueron muy bien acogidos por las organizaciones seculares y la Acción Católica Española (ACE) especializada, que vivieron en estos primeros años de la década de los 60 un periodo de gran actividad. De acuerdo al esquema conciliar, a ellos se les había reservado un papel fundamental ya que debían servir como conexión entre la Iglesia y el mundo al que ésta se quería acercar.

No obstante, el impulso que vivieron estos movimientos chocó de pleno tanto con la propia jerarquía eclesiástica española como con las autoridades franquistas, conscientes de que la nueva doctrina conciliar, que promovía principios de participación democrática, no casaba muy bien con las bases del Régimen y el “nacional-catolicismo”⁵⁷. De este modo, desde inicios de los años 60 se observa un profundo cambio organizativo, que se traduce, como señala el profesor Martín Puerta, en la sustitución del “criterio propagandista”, entendido como “estricta sujeción a la Jerarquía de la Iglesia” por un “sistema de agrupaciones especializadas con mayor grado de autonomía y primando el compromiso con lo temporal”⁵⁸. Todo ello contribuyó al desencadenamiento de la crisis de la ACE, que se inició en el verano de 1966 cuando la jerarquía quiso frenar la deriva peligrosa hacia la que se habían deslizado los movimientos seculares. Entendieron que la mejor manera de hacerlo era ofrecer lo que, según ellos, era la interpretación correcta de la reciente declaración Conciliar sobre el apostolado de los seculares y la naturaleza específica de la Acción Católica (AC) como organización estrechamente dependiente de las directrices jerárquicas, frente a ciertos supuestos excesos o desviaciones “temporalistas”⁵⁹.

La denominada crisis de la ACE no se trataba, por lo tanto, de ninguna crisis interna de la organización que, todo lo contrario, se encontraba en un momento de máxima actividad, popularidad y fortaleza. La crisis fue provocada por la decisión de la jerarquía de reconducir la ACE e intentar imponer a la misma la vuelta al modelo general y parroquial, a través de la reforma de sus

⁵⁶ Feliciano MONTERO, *La Iglesia: de la colaboración a la disidencia (1956-1975)*, Madrid: Editorial Encuentro, 2009, p. 99.

⁵⁷ Feliciano MONTERO, *La Acción Católica y el franquismo. Auge y crisis de la Acción Católica especializada*, Madrid: Ed. UNED, 2000, p. 242.

⁵⁸ Antonio MARTÍN PUERTA, *Historia de la Asociación Católica de Propagandistas. Tomo IV, Las presidencias de Francisco Guijarro Arrizabalaga (1953-1959) y de Alberto Martín Artajo Álvarez (1959-1965)*, Madrid: CEU Ediciones, 2010, p. 483-484.

⁵⁹ Feliciano MONTERO, *La Acción Católica y el franquismo. Auge y crisis de la Acción Católica especializada, op. cit.*, p. 242.

Estatutos de 1968. Los nuevos Estatutos desterraban por completo los movimientos especializados y pusieron de manifiesto la intransigencia de los obispos españoles. El resultado es que muchos de los jóvenes integrados en estos movimientos abandonaron los mismos y se integraron en otro tipo de organizaciones donde sí podían aplicar los principios que tanto malestar habían causado en la cúpula de la Iglesia española y del Régimen⁶⁰. Cabe reconocer que los movimientos seculares estaban cumpliendo con funciones que no les eran propias y que realmente correspondían a los partidos y sindicatos. De modo que el auge del apostolado secular se explicaba en buena parte porque, en un contexto en el que estaban prohibidos unos y otros, la Iglesia era la única que contaba con la estructura y los medios para desarrollar determinadas actividades⁶¹.

La crisis de la ACE propició, por tanto, que muchos de sus miembros optaran por filiaciones que respondían mejor a sus propios intereses, que trascendían los de la Iglesia. Sin embargo, para las fuerzas democristianas supuso perder una oportunidad única. Las organizaciones de apostolado secular y el sindicalismo católico hubieran servido, en el tardofranquismo, como plataforma para la implantación de una democracia cristiana en España⁶². De este modo, los acontecimientos del verano de 1966, promovidos por los elementos más inmovilistas de la Iglesia y del Régimen, privaron una década después a la democracia cristiana de un importante caladero de votos, así como de una amplia y bien formada base social de la que extraer cuadros y militantes.

A pesar de todo, la crisis de ACE sí que tuvo un efecto positivo y es que convenció al Vaticano de que debía intervenir mucho más directamente en la Iglesia española y buscar todas las fórmulas posibles para propiciar la renovación de su jerarquía, para conseguir que el “despegue” experimentado por los movimientos seculares y el clero más joven tuviera también su reflejo en la Conferencia Episcopal⁶³. Éste fue el encargo principal del nuncio Dadaglio. El cual llegó a España en 1967 nombrado por Pablo VI con el propósito de cambiar el signo de la Conferencia Episcopal española para que, llegado el momento, acompañara a la sociedad española en el tránsito de un sistema autoritario a una democracia. Dada la negativa del general Franco a renunciar al privilegio de presentación de obispos por el Gobierno consagrado en el Concordato de 1953, el vuelco en la Conferencia Episcopal se consiguió a través del nombramiento de obispos auxiliares, que eran de designación direc-

60 *Ibidem*, p. 224-238.

61 Juan María LABOA GALLEGU, “La Iglesia entre la democracia y el autoritarismo” en VV.AA., *Al servicio de la Iglesia y del Pueblo. Homenaje al Cardenal Tarancón en su 75 aniversario*, op. cit., p. 21-34.

62 Íñigo CAVERO, “¿Por qué no fue posible una democracia cristiana?”, *Los Demócrata-Cristianos en la Transición Española*, *Revista XX Siglos*, nº 26, 1995, p. 18-29.

63 Feliciano MONTERO, *La Iglesia: de la colaboración a la disidencia (1956-1975)*, op. cit., p. 195-263.

ta por parte de la Santa Sede. Esta medida, sumada a la disposición conciliar que animaba a los obispos a retirarse cumplidos los 75 años, consiguió rebajar notablemente la edad media del episcopado español. Cuando falleció Franco el 20 de noviembre de 1975, la mitad de los obispos españoles no habían vivido la Guerra Civil⁶⁴.

En este proceso de transformación de la Iglesia española cabe destacar otro nombre propio, el del cardenal Tarancón. Él fue el elegido por el Vaticano para liderar el proceso de transformación de la Iglesia española y por ello ha sido considerado como “el piloto del cambio en la Iglesia española⁶⁵”. El cardenal asumió la tarea de ir preparando a la sociedad española para el proceso de transformación política que se debía producir a la muerte de Franco, aprovechando que aún a esas alturas la Iglesia seguía siendo un poder fáctico y contaba con una notable influencia entre los españoles⁶⁶. Bajo su presidencia se celebró la Asamblea Conjunta de 1971 y la Conferencia Episcopal aprobó el documento “Iglesia y comunidad política”. Fueron los dos grandes hitos que marcaron la ruptura definitiva entre la Iglesia española y el Régimen.

Las conclusiones de la Asamblea Conjunta de Obispos y Sacerdotes proponían un cambio radical en el seno de la Iglesia española respecto al Estado y la sociedad. También contenían una muy polémica confesión pública por el papel de la Iglesia durante la Guerra Civil, reconociendo que había fallado a la hora de actuar como agente de reconciliación⁶⁷. En cuanto al documento “Iglesia y comunidad política”, en el mismo la Iglesia española ya anticipaba su neutralidad frente a las distintas opciones políticas que se empezaban a dibujar con nitidez en los últimos años del franquismo:

“La fe cristiana no puede ser confundida con ninguna ideología. Es necesario que exista en la comunidad política un espacio suficiente para la pluralidad de compromisos individuales y colectivos. La Iglesia no queda comprometida como tal en la actuación individual o asociada de los cristianos⁶⁸”.

64 José María GARCÍA ESCUDERO, “Presencia de la Iglesia en la política”, en VV.AA., *Al servicio de la Iglesia y del Pueblo. Homenaje al Cardenal Tarancón en su 75 aniversario*, op. cit., p. 239-259.

65 Pablo MARTÍN DE SANTA OLALLA, *El Rey, la Iglesia y la Transición*, Madrid: Sílex, 2012, p. 17-18.

66 Jesús INFIESTA, “Aportación histórica del Cardenal a la Transición”, en VV.AA., *Homenaje al Cardenal Tarancón 1907-1994*, Valencia: Generalitat Valenciana Consell Valencià de Cultura, 1997, p. 97-127.

67 *Ibidem*.

68 “Iglesia y comunidad política”, Instrucción pastoral de la Conferencia Episcopal, 23 de enero de 1973, <http://dpt.archimadrid.es/wp-content/uploads/2009/10/1973-Iglesia-y-comunidad-politica1.pdf> [19 de mayo de 2015].

El cardenal Tarancón profundizó en esta idea en su homilía más celebre, la que pronunció en la Iglesia de los Jerónimos con ocasión de la proclamación de Juan Carlos I:

“La fe cristiana no es una ideología política ni puede ser identificada con ninguna de ellas, dado que ningún sistema social o político puede agotar toda la riqueza del Evangelio ni pertenece a la misión de la Iglesia presentar opciones o soluciones concretas de Gobierno en los campos temporales de las ciencias sociales, económicas o políticas. La Iglesia no patrocina ninguna forma ni ideología política y si alguien utiliza su nombre para cubrir sus banderías, está usurpándolo manifiestamente”⁶⁹.

El contenido de la homilía no supuso ninguna sorpresa para los políticos democristianos españoles, pues el cardenal Tarancón ya se había encargado de transmitirles su intención de no respaldar ninguna opción política, por mucho que llevara el apellido de “cristiana”. Íñigo Cavero, por ejemplo, reconoció que tanto el cardenal Jubany como el propio cardenal Tarancón les comunicaron, como miembros que eran de una formación política democristiana, que no utilizaran la denominación Democracia Cristiana, pues esto, indirectamente, podía comprometer a la Iglesia. La Iglesia, desde el Concilio Vaticano II, no exigía la confesionalidad del Estado ni creía conveniente la de los partidos políticos. Por eso rechazaban que aquellos partidos que defendían valores cristianos utilizaran denominaciones que surgieron en Europa en circunstancias bien distintas⁷⁰.

CONCLUSIONES

La nueva Iglesia española había conseguido marcar distancias con el franquismo después de cuatro décadas de “nacional-catolicismo” y no quería volver a identificarse con ninguna opción política. De este modo, el panorama de las elecciones de 1977, en el que había políticos abiertamente cristianos no sólo en la coalición de Ruiz-Giménez y Gil Robles sino también en UCD e, incluso, en el PSOE, era el escenario ideal por el que el Vaticano, a través del nuncio Dadaglio y del cardenal Tarancón, había trabajado intensamente desde finales de los años 60. Esta transversalidad o dispersión del elemento cristiano a lo

⁶⁹ Homilía del cardenal Tarancón en la coronación de Juan Carlos I, Iglesia de los Jerónimos, 27 de noviembre de 1975.

⁷⁰ Íñigo CAVERO, “¿Por qué no fue posible una democracia cristiana?”, *Los Demócrata-Cristianos en la Transición Española, Revista XX Siglos*, nº 26, 1995, p. 18-29.

largo de todo el espectro político minó en gran medida las posibilidades de la Federación de la Democracia Cristiana.

Si bien, por otra parte, el pobre resultado cosechado por la formación democristiana no sólo se explica por esta circunstancia, sino que era plenamente coherente con una sociedad que progresivamente se había ido secularizando. La población española se seguía reconociendo como católica pero se había producido un profundo cambio de valores y prácticas sociales⁷¹. Resultaba lógico que la marca “democristiana” en la España de 1977 no tuviera un gran tirón electoral, aunque sí que los programas políticos de inspiración democristiana fueron los más respaldados por el sufragio. Razón por la cual otras formaciones políticas que defendían posiciones similares a las de la FDC, tanto a su derecha como a su izquierda, obtuvieron muchos mejores resultados. Lo cual puso de manifiesto que no había sido un problema del programa político sino que no sólo los líderes de FDC pertenecían a otra época, en contraste con la juventud de Adolfo Suárez o Felipe González, sino que la idea misma del partido y su estrategia estaba desfasada y no respondía a la realidad de la España de la Transición, ni a la de la Iglesia postconciliar.

71 Juan Carlos JIMÉNEZ REDONDO, “Valores religiosos y democracia: España, 1975-2010”, *Aportes*, 80, año XXVII (3/2012), p. 5-54.